

Éstos son los hechos

Raquel Serur

Desde que conocí a Juan García Ponce, un 10 de mayo hace como treinta años, se repitió siempre un mismo ritual: cenar en su casa y hablar invariable e inevitablemente de literatura. Juan, obsesivo y riguroso, nunca dejó de sorprenderme en cada una de esas ocasiones. Recuerdo aquí, con ustedes, una en particular.

Entrar a la casa de Juan García Ponce era internarse en un espacio dotado de un atractivo desconcertante. En ella, los muebles habían cedido por completo el lugar a unos libreros bajos en los que, en un orden arbitrario pero perfecto, lograban congregarse las obras preferidas del dueño de la casa. En la parte alta de las paredes, una fascinante colección de pinturas ocupaba toda la superficie. De tal modo que en casa de García Ponce convivían Borges, Musil, Joyce, Mann en el piso de abajo, con Roger Von Gunten, Fernando García Ponce, Alberto Castro Leñero, Manuel Felguérez o Irma Palacios en el de arriba.

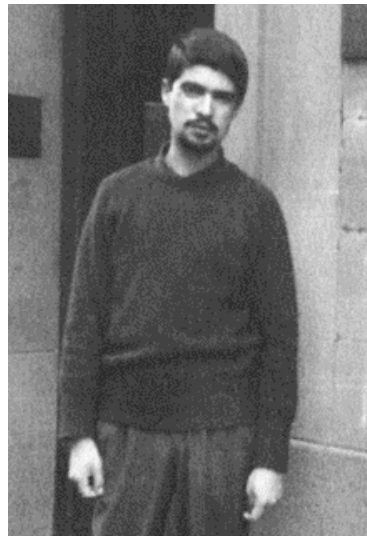
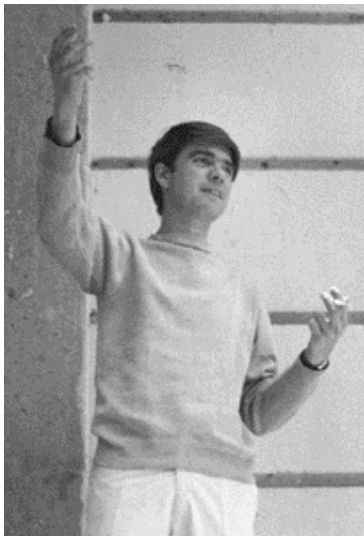
Mientras se esperaba la llegada de Juan a la sala, se descubría siempre un aspecto de algún cuadro que uno no había registrado la vez anterior. Estar en la sala era un verdadero privilegio, y en ella seguiré entrando a través de la memoria, por la vía de la imaginación, en donde lo transitorio permanece con la tenacidad del recuerdo vivo, que a un mismo tiempo nos duele y nos provoca alegría. Esa tarde, al entrar Juan a la sala, me sorprendió mirando el retrato que de él hizo Alberto Castro Leñero. “Tendrás que conformarte con la imagen —me dijo— cuando al de la no-voz ya lo hayan tirado a la basura”. En nuestra conversación me enteré que el estado de ánimo del comentario lo marcaba una traducción que había terminado esa tarde. Se trataba de un texto es-

crito por Joanne Carson sobre la muerte de Truman Capote.

Juan, siempre pendiente del texto en turno que lo ocupara, comenzó a hablar de lo difícil que era traducir y cómo a veces puede uno pasarse horas buscando el término que mejor se adecue al con-

texto para el que se traduce. Comentamos entonces sobre la pertinencia de traducir “lunch” por “almuerzo” y otras cosas por el estilo. Después le pedí que me permitiera leer la traducción recién terminada, a lo que él accedió gustoso no sin antes hacer una serie de comentarios





© Mercedes de Oteyza

sobre Truman Capote y sobre el texto que íbamos a leer.

Juan siempre hacía del comentario de un texto no sólo un acto lleno de vida, sino algo por lo que valía la pena estar vivo. Su inmenso amor a la vida se percibía de manera más nítida y concentrada en su acercamiento a lo que para él eran los momentos de mayor perfección de la creatividad humana: la literatura, la pintura. Para Juan —a diferencia de muchos otros escritores que usan y abusan de la literatura como un recurso de autopromoción— la literatura siempre estuvo lejos del poder y cerca del disfrute de lo nimio; siempre estuvo como una manera de acercarse a lo que de veras importa en la vida, a sus misterios: al misterio del amor, de la amistad, de la infancia, de la belleza y también de la muerte.

Leímos el texto de Joanne Carson titulado “Éstos son los hechos: la muerte de Truman Capote”, era el trabajo de “una americana ingenua”, como él la llamó, donde ella escribe sobre la muerte del autor de *In Cold Blood*, narración que justo por la ingenuidad de su estilo resulta escalofriante.

El texto da cuenta de una amistad en donde una de las partes, la señora Carson, es absolutamente incondicional de la otra, Truman Capote. Una llamada de él bastaba para que ella cancelara cualquier otra cosa que tuviera que hacer; nada podía impedirle ponerse en ánimo de disfrutar la cercanía

del genio. Cuenta allí cómo recibe una extraña llamada de Capote: le pide que le reserve un boleto para ir a visitarla. “Quiero un boleto de ida solamente”, le dice (de lo que se infiere que Capote, al hacer la llamada, ya sospecha que será su último viaje), a lo que ella pregunta que por qué sólo de ida, que es más barato un boleto redondo, etcétera. Su respuesta, comentamos entonces Juan y yo, sólo muestra cómo esta amiga de Capote no tenía la menor idea de quién era él o cómo era demasiado ingenua o cómo, simplemente, era muy tonta.

La señora Carson sigue su relato. Cuenta la compra del boleto de ida —sin retorno— y cómo ve llegar a su amigo desmejorado. Cuenta cómo una mañana que ella va a buscarlo ya no se levanta de la cama; lo ve muy pálido y él le comenta que no se siente bien. Ella lo toma en brazos como a un niño y, mientras literalmente lo amulla diciéndole que “todo va a estar bien”, siente de pronto el frío de su piel al contacto con su mejilla. Se aparta y nota que Truman Capote ha muerto. La última palabra que pronunció —nos dice— fue “mamá”.

¿Por qué —comentamos Juan y yo— alguien como Capote, que había sido capaz de mostrar el asesinato a sangre fría, decide morir en la casa y en los brazos de esa mujer? También recordamos que la sirvienta de Proust narra de semejante manera la larga agonía y la muerte del autor de *En*

busca del tiempo perdido y señalamos la curiosa coincidencia que existe entre la muerte de ambos escritores: la última palabra de Marcel, según relata su sirvienta, fue igualmente “mamá”. Palabra ésta que vincula el origen, el comienzo de todo, a un lugar en el mundo.

El misterio de la muerte de Capote había ocupado a Juan toda esa mañana y yo, al manejar de regreso a mi casa después de esa noche intensa, sólo podía pensar unacosa: frente a la muerte todos somos “americanas ingenuas” o, para citar a Juan a la letra, sin maquillar la cita, todos somos unas “gringas pendejas”.

Como la vida, como el amor, como la amistad, la muerte también es un misterio. Un misterio para el que nunca podemos estar preparados. Detestaba ver a Juan en los últimos años rodeado de fotografías de escritores en su lecho de muerte. Pensaba que eran como escapularios entre los que él se ponía para ahuyentarla. Ahora veo que eran más bien otra muestra de su ironía: de nada vale pre venir lo que siempre, por definición, tendrá que sorprendernos. [1]

Los textos de María Luisa Herreña y Raquel Serrur fueron leídos el pasado 24 de febrero en el marco de la XXV Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, en la mesa redonda *Juan García Ponce: un homenaje de sus amigos*. La *Revista de la Universidad de México* agradece a Mercedes de Oteyza las fotografías que acompañan estas notas.